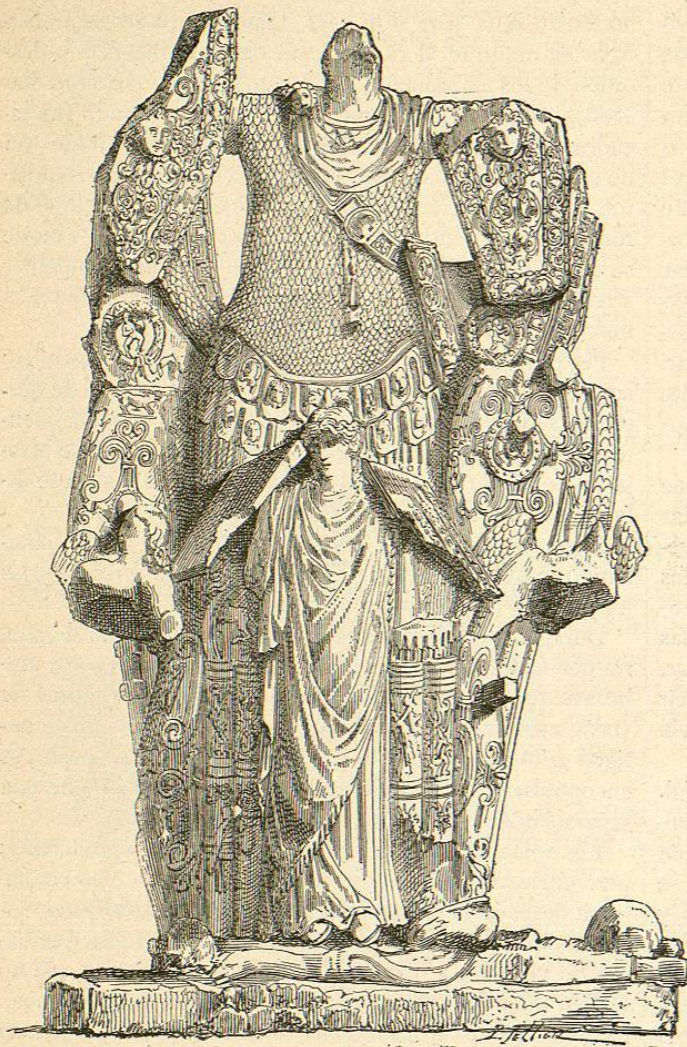


terminado enteramente por el victorioso. Plutarco dice que los cuerpos consumidos en los campos, hubieron de abonar tan bien la tierra, que tuvo luego una fecundidad prodigiosa, y añade que los huesos de los muertos eran tan numerosos, que los marselleses se sirvieron de ellos por espacio de mucho tiempo para cercar sus viñas. Y el villajo de Pourrieres, entre Aix y San Maximino, recuerda aún el *Campus putridus*, el campo podrido, que fué el campo de batalla, el lugar de aquel inmenso sacrificio.

Tres mil hombres solamente se escaparon, y entre ellos, el rey *Teutobokh* y algunos otros caudillos, que procuraron



Trofeos de Mario (1)

volver á la Germania. Los galos habían tenido que sufrir demasiado en la invasión de estos pueblos para no tomar venganza de ellos: persiguieron encarnizadamente á los fugitivos, y el rey *Teutobokh* ó *Teutobod* fué hecho prisionero por los secuanos y entregado á Mario. Era un guerrero de

(1) De Perac. «*Sopra le balastrate (del Campidoglio) sorgono due trofei marmorei, uno per parte, ornati con vittorie e armi diverse, le quali par che indichino i Daci e i Parti debellati. Siffatti trofei abbellivano già il castello dell' Acqua Giulia sull' Esquilino, monumento che volgarmente dicesi i trofei di Mario. Sisto V feceli porre nel luogo in cui si veggono. Da recenti scoperte si ricava che essi furono fatti scolpire per ornare il lato esteriore dell' ingresso alla basilica Ulpia e che eretti vennero a onore di Trajano dalle legioni Valeria e Apollinare, e in processo di tempo trasportati sull' Esquilino.*» (Nibby: *Roma nell' anno 1838, parte antica*, t. II, p. 608.) Véase también (*Revue de numismatique*) el trabajo de C. Lenormant: *les Trophées de Marius*, 1842. El autor los considera como formando parte del *Ninfeo* de Alejandro Severo. En todo caso, bien se ve que, á pesar de su nombre, no tiene nada que ver con Mario.

colosal estatura, que de un salto pasaba por encima de seis caballos colocados de frente. Mario lo reservó para su triunfo, con las mejores armas y más ricos despojos; y con el resto del botín hizo un inmenso cúmulo para quemarlo en honor de los dioses.

Ya el ejército entero rodeaba el montón de combustible y Mario, vestido de púrpura y ceñidos los lomos con su toga como para los sacrificios solemnes, elevaba al cielo con ambas manos la antorcha encendida, cuando vieron venir á rienda suelta algunos jinetes, amigos suyos, que le traían la noticia de haber sido nombrado cónsul por la quinta vez. El ejército manifestó su alegría con gritos de triunfo, que acompañó con el ruido guerrero de las armas: los oficiales ciñeron la frente de Mario con una corona de laurel y el cónsul encendió la hoguera, cuyas llamas se elevaron al cielo entre las alegres aclamaciones de los soldados (102).

Al extremo del campo de batalla se elevó una pirámide en recuerdo de esta victoria; pirámide que existió hasta el siglo xv. Uno de sus bajo-relieves representaba á Mario, elevado sobre un escudo en el acto de ser proclamado *imperator* por sus soldados.

III. — LOS CIMBROS EN ITALIA. — BATALLA DE VERCELLI (101).

La guerra no estaba terminada: se había exterminado á los teutones y ambrones, pero quedaban los cimbro. Cátulo, á quien Roma había enviado para defender contra ellos el paso de los Alpes orientales, no tuvo necesidad de ir tan lejos; las nuevas del alto país anunciaban que el enemigo se dirigía hacia el monte Brenner, desde donde se descende á Italia por los valles del Eisack y del Adige. Establecióse por encima de este río en la vieja ciudad etrusca de *Tridentum*, y para cortar el camino, se fortificó en ambas orillas con buenas trincheras, unidas por un puente. En Trento conserva aún el Adige el curso de un torrente de aguas vagabundas y sin profundidad, y por lo tanto no es un grande obstáculo. La verdadera defensa de Italia está más abajo en Verona; pero no se sabía aún.

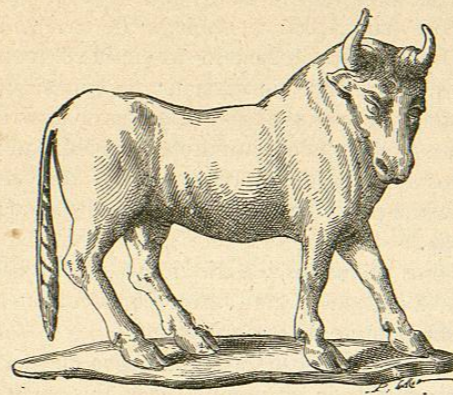
Llegado que hubieron los cimbro, como para burlarse de la timidez de los romanos, que no se atrevían á salir de su campamento, y también para hacer gala de su fuerza y de su temerario valor, se les vió exponerse desnudos á la escarcha, escalar las montañas á pico que se alzaban enfrente de la ciudad, y cuando llegaban arriba, sentarse en sus escudos y abandonarse á la pendiente en el borde del abismo.

No acometieron la empresa de forzar las trincheras de Cátulo, pero intentaron romper el puente arrojando al río árboles enteros, que venían á chocar con los pilares y á quebrantarlos, ó bien hacían rodar sobre él enormes peñascos como si hubieran querido cegarlos. Al cabo de algunos días, espantadas las legiones obligaron á su general á abandonar sus posiciones.

A la orilla izquierda del Adige, había abandonado en un fortín algunos soldados, los cuales se defendieron con tal y tanto valor, que los mismos cimbro, después de haberlos obligado á rendirse, los dejaron ir en libertad en condiciones honrosas, jurando el pacto sobre su toro de bronce. Este toro, tomado después de la batalla, fué transportado á casa de Cátulo como primicias de su victoria.

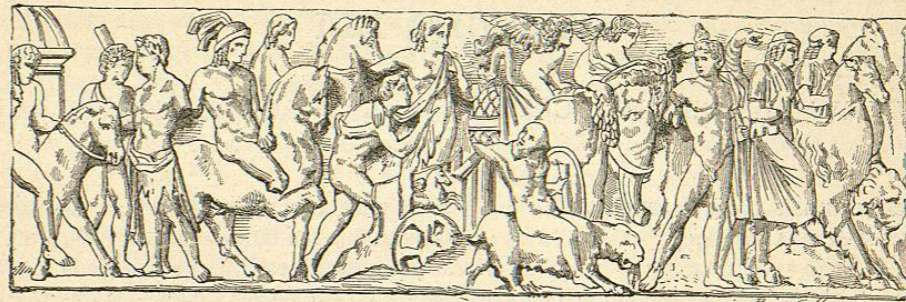
Las legiones no se habían detenido en la meseta de Rívoli, donde habrían cerrado la entrada de las montañas, ni

en Verona, donde hubieran dominado el paso del Adige, ya en aquel punto un río caudaloso; sino que retrocedieron hasta poner entre ellas y el enemigo la barrera del Pó. El país al Norte del río quedaba sin defensa, y los bárbaros hicieron en él grandes estragos. Pero encontrando en aque-



Toro de bronce (1)

llas fértiles tierras víveres en abundancia, permanecieron allí para esperar á los teutones y gozar tranquilamente su victoria. Después de todo ¿á qué apresurarse? Hasta entonces todo les había salido á pedir de boca, y tenían la confianza de que la espada les abriría el camino de Roma, como les había abierto el de tantos otros países. Con esto, en vez



Baco en la India (2)

ber saludado á vuestros hermanos.» Y en diciendo esto, dió orden de que se condujeran allí encadenados á *Teutobok* y demás caudillos prisioneros.

Después de las referencias de sus enviados, no vacilaron ya los cimbro, y Boioris, su rey, se acercó al campamento romano al frente de algunos jinetes, pretendiendo que se fijaran el día y el sitio del combate, á fin de resolver con la espada á quién había de pertenecer Italia.

El cónsul contestó que los romanos no acostumbraban tomar consejo de sus enemigos, pero que á pesar de ello iba á satisfacer á los cimbro sobre este punto y se convino en que se daría la batalla á los tres días, en la llanura de Vercelli.

Los bárbaros fueron exactos á la cita. Llegado el día, se extendió su infantería en batalla en la llanura, formando una falange cuadrada de cinco mil quinientos metros de lado. Los jinetes, en número de quince mil, estaban pomposamente enjaezados; sus cascos terminaban en grandes bocas abiertas y hocicos de animales fieros coronados con altos penachos, semejantes a alas, lo que aumentaba aún la estatura de aquellos bárbaros, ya de suyo corpulentos.

(1) Roux: *Herculano y Pompeya*, t. VI, 1.ª serie, p. 93.
(2) Bajo relieve de un sarcófago, según Zoega (*Bassiril. ant.*). La expedición de Baco á la India era famosa entre los antiguos. Había empleado en ella tres años, según unos, y según otros, cincuenta y dos (Diod., III, 63; VI, 3), y tenido que combatir á poder-

de perseguir á Cátulo, pasaron el verano y el invierno del año 102 en la Transpadana.

Estos acontecimientos obligaron al senado á llamar á Mario de la Galia. Vino á Roma, y rehusó el triunfo que el senado le ofrecía «para tranquilizar á la multitud, pareciendo dejar su gloria en depósito en manos de la Fortuna de Roma,» y con un patriótico discurso levantó los ánimos de todos. Fué sin demora á reunirse con su ejército que había atravesado los Alpes, y á entenderse con su colega para la próxima campaña. Entonces fué cuando Sila, ofendido en su altivez, lo abandonó para servir á las órdenes de Cátulo, que lo acogió honrosamente. Con la tropa que se le dió, supo Sila acumular víveres y tener en abundancia hasta el término de la guerra el campamento de Cátulo, mientras el de Mario sufría privaciones con frecuencia.

Los cimbro seguían esperando que los teutones llegaran para romper las hostilidades, y no querían creer el rumor que sobre su derrota se iba extendiendo. Hasta enviaron á Mario diputados, que le pidieron para ellos y sus hermanos tierras y ciudades donde pudieran establecerse. «No tengáis cuidado por vuestros hermanos, les contestó el cónsul; ya tienen la tierra que les hemos dado y que conservarán para siempre.» A estas palabras se irritaron los bárbaros y prorrumpieron en injurias y amenazas. Mario será castigado por sus sarcasmos, decían, primero por los cimbro y después por los teutones, cuando lleguen. «Ya han llegado, replicó Mario, y no conviene que os retiréis sin ha-

Se cubrían con corazas de hierro y escudos blancos y llevaba cada uno dos lanzas cortas para arrojar desde lejos, sirviéndose de espadas largas y pesadas para el combate.

Cuando el inmenso ejército de los bárbaros se puso en movimiento, hubiérase creído ver, dice Plutarco, avanzar y extenderse un mar furioso. Pero Mario había ordenado hábilmente sus tropas en el campo de batalla. Recordando la posición que Aníbal había tomado en la jornada de Canas, hubo de tomarse como él las ventajas del sol y del viento. Y sucedió que á los pasos de aquella doble multitud que llenaba la llanura, se levantó tal polvareda que muy luego no veían los cimbro lo que tenían delante. Mientras el viento los azotaba arrojándoles el polvo á la cara, los ardientes rayos del sol deslumbraban sus ojos. Con esto, inundados de sudor y jadeantes, se cubrían la cabeza con sus escudos y exponían sus cuerpos sin defensa á los golpes del enemigo.

Los más bravos de los cimbro, para impedir que se rompieran sus primeras filas se enlazaron unos á otros con largas cadenas de hierro que pasaban por sus tahalles, y esto

los caudillos. Pero los sátiros y bacantes que lo acompañaban y su poder divino le hicieron triunfar de todos sus adversarios. Luego civilizó el país que había conquistado, introdujo en él el cultivo de la vid, fundó ciudades y les dió leyes. (Estrab., XI, 505; Arriano, *Indica*, 5; Filostr., *Vita Apoll.*, II, 5.) Estas leyendas explican el bajo-relieve y la presencia de la tropa poco militar, que acompaña al dios.